

LIBROS

Del mito a la frustración



Toda declaración de derechos humanos es resultado de un pacto entre una izquierda «reformista» y una derecha «moderada». De él quedan excluidos tanto el grupo revolucionario que provocó la modificación del «statu quo» como el conservador extremista que pretendía mantenerlo a ultranza. Así pues, toda declaración de derechos humanos supone una serie de concesiones por ambas partes contratantes. Tras el aliento revolucionario aparece la institución conservadora, y las violaciones cotidianas a los derechos proclamados muestran en seguida hasta qué punto la realidad sigue alejada del programa. Las conquistas son siempre precarias; sin embargo, el sentimiento de fracaso que se produce tras el pacto en las generaciones contemporáneas a su formulación abre nuevas aspiraciones insatisfechas que se convertirán en motor de otros posibles movimientos revolucionarios.

Esta es la tesis expuesta por Haro Tecglen, nuestro comentarista de política internacional, en la obra que hoy presentamos: «Una frustración: los derechos del hombre» (Aymá, S. A., Editora).

Eduardo Haro Tecglen (Madrid, 1924) es un profesional puro del periodismo. Hijo de periodista, se inició muy joven en la Redacción de «Informaciones», en la que cumplió tareas tan variadas como la crítica literaria y la correspondencia en el extranjero (en París). Ha desempeñado todos

los cargos, desde el oficio de redactor hasta el de director («España de Tánger»). Sus artículos de política internacional en TRIUNFO a lo largo de los seis últimos años han demostrado el rigor de un intelectual que posee un bien trabado sistema de ideas, la solvencia informativa del periodista que maneja una documentación exhaustiva y la exposición diáfana y funcional del profesional que entiende su quehacer como vocación didáctica.

La amplia cultura de Haro Tecglen —bien dosificada en sus artículos semanales al hilo de la actualidad— queda patente en la obra que nos ocupa. Se trata de una síntesis histórica en la que con gran riqueza de datos se describen los principales movimientos que han ido cumpliendo —y frenando— las siempre crecientes aspiraciones del hombre a los ideales de igualdad y libertad, desde «la oración fúnebre» de Pericles —primer documento de los derechos del hombre— hasta la redacción de la Declaración de la ONU por «los enciclopedistas de la era atómica», las conferencias del Tercer Mundo y la Tricontinental de La Habana. Con suma agudeza el autor nos va descubriendo la maniobra conservadora que hay detrás de cada institucionalización de derechos humanos y su contenido de clase, las relaciones de subordinación de los sujetos al pacto y las peculiaridades reservadas según el sexo, la raza o el grupo. Es preciso decir que el autor ha procurado dejar subyacente la teoría a la descripción de los hechos, de tal modo que el libro tiene la amenidad y la eficacia de un relato.

No sería justo afirmar que las conclusiones del libro son pesimistas. Efectivamente, se advierte el desgarrado, el desrazonamiento del autor ante los crímenes que diariamente se cometen contra personas, grupos y naciones. Por su oficio, el autor se ve obligado a dar cuenta semanal de dichas violaciones en Vietnam, Biafra, Checoslovaquia, Santo Domingo, Haití, Rhodesia, Norteamérica... Luis de Villeteose —dice— necesitó cuatrocientas páginas para inventariar las cometidas entre 1953 y 1964. En estas circunstancias resulta difícil mantener un optimismo histórico; sin embargo, la mejor prueba de que para el autor la frustración es sólo relativa es el hecho mismo de este libro, escrito, sin duda, con la esperanza de

contribuir de algún modo a la liberación del hombre. El realismo que preside la exposición no permite substituir las conquistas históricas, sino sencillamente constatar que la marcha de la humanidad está cuajada de fracasos al tiempo que de liberaciones, y que siempre quedará un sentido para dar sentido a la lucha del hombre por unos derechos cuyo contenido no es posible precisar de una vez por todas, sino que varía y se amplía progresivamente. Porque —escribe E. H. T.— «las libertades que en cada momento se consideran como máximas son mínimas respecto al momento siguiente... y, por tanto, los derechos del hombre no son más que una estructura continuamente revisable». ■ C. ALONSO DE LOS RÍOS.

Meditación de la muerte y poesía civil



Enrique Badosa, crítico y poeta de ya larga obra, conoce bien la poesía de Cataluña y más que bien la de Salvador Espriu, cuyo curso ha seguido libro a libro. Nadie, pues, con más derecho que él para llevar a cabo un examen de esta rica obra y un análisis de su diverso contenido, con respecto al cual Badosa adopta una actitud personal que no coincide con otras; actitud expuesta en la introducción al libro «Antología de Salvador Espriu», por él presentado en la colección «Selecciones de Poesía Española», de Plaza-Janés, en el texto original catalán y en versión castellana.

Badosa señala con acierto que gran parte de la obra de Espriu, sin duda el máximo poeta catalán de los últimos treinta años, constituye una

La segunda vida de Jorge Semprún



El lunes, día 24, fue concedido a Jorge Semprún el Premio francés Femina, en el Cercle Interallié de París, por su novela «La deuxième mort de Ramón Mercader» (Gallimard). Semprún recibió siete votos y Robert Samitier cuatro, por «Allumettes suédoises» (Albin Michel). El Femina es uno de los tres grandes premios literarios franceses, con el Goncourt y el Renaudot.

En el año 1963 se publicó el primer libro de Jorge Semprún, «Le grand voyage». Tenía cuarenta años. Estaba empezando una segunda vida. Prácticamente estaba comenzando, por la vía literaria, una contemplación de lo que había sido, hasta entonces, su vida. Su primer libro era la historia del niño que fue, de un niño que, a los trece años, era ya prisionero en un campo de concentración nazi, cerca de Weimar. Es una manera insólita de entrar en la vida. Jorge Semprún había entrado por la vía habitual de una cierta clase elevada a la que pertenecía: de la mano de una «fräulein» en el Retiro, en los salones y jardines de la Embajada de su padre —Semprún Gurroa—, con la sombra dolorosa de la muerte prematura de su madre —Susana Maura, hija de don Antonio, hermano de Miguel—. El «gran viaje» le iba a llevar de pronto la vida del «maquisard» a las torturas de la Gestapo y luego a una superposición de personalidades, de vidas dobles, y aun de vidas de doble o triple fondo. Parece como si, de pronto, a Jorge Semprún le hubiese tallado el conocimiento de su identidad. En el fondo, toda obra literaria es una investigación de la identidad. En la obra de Jorge Semprún es una obsesión casi morbosa. «Le grand voyage» es todavía un ejercicio casi directo, casi simplemente autobiográfico, con algunas transparencias, con un distanciamiento que podría, a primera vista, confundirse con el del tiempo transcurrido entre el episodio que vivió y la época de contarle (diecisiete años). En el segundo libro, «L'évanouissement», el desdoblamiento es un hecho concreto, es la técnica fundamental de la narración. Desde un desmayo, desde una pérdida parcial de conocimiento, el personaje autor se ve a sí mismo como si fuera otro, y aun otros, y el mismo tiempo como a sí mismo. En su tercer libro, «La deuxième mort de Ramón Mercader», que acaba de obtener el Premio Femina, la multiplicación de situaciones y tiempos cronológicos es paroxismal. Hay un juego triple entre el Ramón Mercader —llamado también Jacques Mornard— que asesinó a Trotsky en México, un niño español llamado también Ramón Mercader, que fue llevado a la URSS en nuestra guerra civil y que murió allí, y un agente de información soviético que toma la personalidad, el nombre —y, finalmente, la casa y la familia— de ese niño. Este trío de Ramón Mercader se entremezcla, se acopla, se separa, se identifica, se disuelve continuamente. Aparece y desaparece, a veces como simple fondo, a veces como algo más, la familia Semprún. Hay una desolada trama —dialécticamente combinada— de espionaje y contraespionaje, un poco a la manera de John Le Carré. Hay una larga biografía de la sangre vertida en la revolución, de la sangre útil y la sangre inútil, de la revolución ganada y la revolución perdida. Hay una mezcla de lucidez fría y de desesperación. En la enorme riqueza de esta obra hay, además, un estilo, un lenguaje que el niño extranjero debió superar en las aulas del Liceo Henri IV y que ahora devuelve a los franceses, quizá con una cierta altanería, como la otra «hija», María Casares, los arroyos su prosodia de tragediante perfecta desde lo alto de los escenarios. Haber nacido en España en 1923 ha supuesto, a veces, una curiosa aventura. La primera vida de Jorge Semprún desemboca ahora en esta segunda vida literaria, con tres novelas publicadas en seis años, quince de cine como «La guerre est finie» y «2» y una amplia mesa de trabajo en el Boulevard Saint-Germain —balcón a la terraza del Flore y del Deux Magots—, donde tal vez en este momento haya tres obras comenzadas: un intento de autobiografía directa, una novela en castellano —una dama feudal de un pueblo español hace repetir cada año la escena del asesinato de su marido— y la adaptación cinematográfica de «Under the volcano», de Malcolm Lowry.

■ E. HARO TECGLEN.